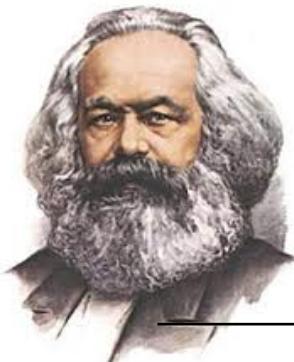


Biografías & Economistas



Karl Marx (1818-1883)

“Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones... sus objetivos solo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sean sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.”

Vida y doctrina...

by ROBERT HEILBRONER

El *Manifiesto Comunista* empezaba con estas palabras: “*Un espectro se cierne sobre Europa: el espectro del comunismo*”. El espectro existía, sin duda alguna; el año 1848 fue un año de terror para el viejo orden establecido en el continente.

“Los comunistas no tienen por qué guardar encubiertas sus ideas e intenciones... sus objetivos solo pueden alcanzarse derrocando por la violencia todo el orden social existente. Tiemblen, si quieren, las clases gobernantes, ante la perspectiva de una revolución comunista. Los proletarios, con ella, no tienen nada que perder, como no sean sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo entero que ganar.”

La revolución en la que habían puesto tan grandes esperanzas había fracasado en todo Europa. Sin embargo, el *Manifiesto* no solo era un programa revolucionario, sino que, además, demostraba ser el preanuncio de una revolución inevitable. El *Manifiesto*, fue escrito por Carlos Marx y por su compañero, compatriota y co-

lega, Federico Engels.

Marx, su persona ha sido objeto de reverente adoración e idolatría por parte de algunos y de demonización y ridiculización, por parte de otros. Sin embargo, no merece ni lo uno ni lo otro, porque no fue ni santo ni demonio. Tampoco su obra es un libro santo, ni objeto de execración. Se le debe reconocer un conjunto de aportaciones novedosas y una visión de los procesos históricos, cuanto menos, original.

Sus hijos le llamaban el Moro porque era de piel morena. No era hombre ordenado, iba y venía desaliñadamente vestido, entre espesas nubes de humo de tabaco. Marx era el auténtico tipo de alemán docto, lento y meticuloso, que aspira a hacer la obra científica perfecta; de hecho, pasó fatigas mortales para escribirla.

Marx y Engels se encontraron en París, en año 1844, Engels fue a su casa, tanto tenían que decirse, que su conversación duró diez días. De allí nació su estrecha colaboración en todos sus escritos; sólo su correspondencia llena varios tomos.

Marx había nacido el año 1818 en

Tréveris, Alemania, y era hijo de una familia judía de posición desahogada, la cual, muy poco después, se convirtió al cristianismo para que su padre Enrique Marx, que era abogado, pudiese ejercer su profesión con menos dificultades.

En las Universidades de Bonn y de Berlín, el joven Marx se decidió consagrarse a la filosofía. El profesor preferido de Marx, Bruno Bauer, que fue dado de baja en el cargo por sus ideas democráticas y antirreligiosas.

A Marx seguir una carrera académica, entonces se consagró al periodismo. Como director del periódico *Rheinische Zeitung* duró cinco meses. Sus ideas radicales resultaron intolerables para las autoridades que censuraron sus artículos, que versaban sobre el problema de la vivienda, su defensa del derecho de los campesinos a recoger en los bosques leña muerta, etc. Marx se dirigió entonces a París para allí hacerse cargo de otro periódico extremista, el cual tuvo también una vida muy corta. Para entonces Marx concentró sus intereses en la política y en la economía.

En el año 1843 contrajo matrimo-

nio con Jenny von Westphalen, hija de un aristócrata, el barón von Westphalen, que había sido su vecina cuando eran niños. A Jenny se la consideraba la mayor belleza entre las jóvenes de la ciudad y tenía multitud de pretendientes; fácilmente hubiera podido realizar un matrimonio de conveniencia, pero se decidió por el joven moreno de la casa de al lado. La verdad era que estaba enamorada de él y ambas familias dieron gustosas su consentimiento. Sin embargo, cabe preguntarse si habría otorgado su consentimiento el barón, de haber previsto lo que iba a ocurrirle a su hija, pues Jenny se vio obligada a compartir el camastro de una vulgar prostituta en la cárcel, y a pedir dinero prestado a una vecina, a fin de comprar el ataúd para enterrar a uno de sus hijos. En lugar de las dulces comodidades y el prestigio social, tendría que pasar los años de su vida en dos lúgubres habitaciones de una casucha de Londres, sobrelevando con su esposo las penurias de un mundo hostil.

Marx se traslado a Londres con su familia en el año 1849, después de haber sido expulsado de París, y luego de una breve estancia en Bruselas. La situación económica de Marx era desastrosa. A pesar de la ayuda que le proporcionaba su amigo Engels, que le enviaba dinero con regularidad, tuvieron que enfrentarse a la más dura pobreza. Su familia estaba compuesta por cinco miembros, además de la doncella de la familia de los Westphalen, que permaneció toda su vida con los Marx sin cobrar sueldo.

Marx carecía de ocupación, si se exceptúa sus largas jornadas de estudio en la Biblioteca Británica, donde se pasaba todos los días desde las diez de la mañana hasta la siete de la noche. Trató de ganar algún dinero escribiendo artículos sobre la situación política para el diario Tribune de Nueva York, dirigido por Charles Dana, pero eso sólo le duro algún tiempo. Trató de obtener un empleo de oficinista en una compañía de ferrocarriles, pero no fue admitido por su letra tan mala. Las estrecheces llegaron en alguna ocasión a tal extremo que Marx no pudiera salir de la casa

porque su chaqueta y zapatos habían sido llevados a la casa de empeños; en otras ocasiones carecía incluso del dinero necesario para comprar sellos de correo a fin de enviar sus obras al editor.



En una carta dirigida a Engels, le escribe: *“Mi esposa está enferma. La pequeña Jenny está enferma. Lenchen padece una especie de fiebre nerviosa y no puedo llamar al médico porque no dispongo de dinero para pagarle. Llevamos ocho o diez días viviendo exclusivamente de pan y patatas, y mucho me temo que ni siquiera esto vamos a poder seguir comiendo... no he escrito nada para Dana porque no tengo dinero para comprar periódicos... ¿Cómo voy a salir de esta condenada situación?”*

Únicamente en sus últimos años disfrutó Marx de un poco de desahogo. Un viejo amigo le dejó un pequeño legado, gracias al cual ya no volvió a caer en las profundidades de la pobreza.

Jenny falleció en el año 1881; había enterrado a dos de sus cinco hijos. Marx se encontraba demasiado enfermo para asistir al funeral; cuando Engels lo vio, él le dijo: *“También el Moro está muerto”*. No lo estaba del todo y todavía tiró por espacio de dos años; no fueron de su gusto los maridos que sus dos hijas casadas habían elegido.

En aquellos largos años de privaciones Marx había dado vida a un movimiento internacional de la clase trabajadora, a la Liga Comunista le siguió la Asociación Internacional de Trabajadores.

La redacción de su obra, *El Capital*, que en 1851 iba a ser terminada en “cinco semanas”, en 1859, “en seis semanas”; en 1865 estaba ya “terminada”, le demandó 18 años, y una vez concluida fueron necesarios otros dos años más para ordenar ese enorme montón de manuscritos prácticamente ilegibles, a fin de editarlos en un volumen (I). A la muerte de Marx, en el año 1883, quedaban por publicar dos volúmenes; Engels publicó el II en el año 1885, y el III, en 1894. El volumen IV no apareció hasta el año 1910. Los cuatro volúmenes hacen un total de 12.500 páginas de lectura, y qué páginas! La finalidad que Marx se había propuesto era descubrir las tendencias (las leyes de movimiento) del sistema capitalista.

Marx construyó su modelo económico para mostrar cómo el capitalismo explotaba necesariamente a su clase trabajadora y cómo esta explotación conduciría inevitablemente a su destrucción.

La clave de la explotación está en el hecho de que existe una diferencia entre el salario que un trabajador recibe y el valor del producto que ese trabajador produce. A esta diferencia la llama Marx plusvalía.

El trabajador no es contratado únicamente por la duración de la jornada necesaria para pagarle su salario de subsistencia. Por el contrario, el trabajador conviene en trabajar durante toda la jornada que el capitalista le señale, que en los tiempos de Marx era de diez a once horas diarias. Esto sucede porque el capitalista monopoliza el acceso a los medios de producción y si un trabajador no está dispuesto a trabajar esa jornada completa de trabajo, no encontrará empleo.

El beneficio lo obtiene el capitalista por la diferencia entre lo que paga a sus obreros y el valor del producto creado por estos. Sin embargo, Marx demostró que la tendencia a largo plazo de la tasa de los beneficios era descendente, debido a la competencia entre los capitalistas, que los conduce hacia una serie de crisis cada vez más graves.